

ra en las manos. Aun entonces pareció admitirlo solo para entregarlo á su verdadero dueño el rey, porque Luis XV hizo saber luego que en adelante sería él mismo su primer ministro. Además no pidió Fleury ningun signo exterior que le calificara de sucesor del duque de Borbon, ningun título ni instalacion; se contentó con ser el primer auxiliar del soberano, y esto con el capelo de cardenal que recibió en el mes de setiembre del mismo año le dió la autoridad suficiente para dirigir las relaciones extranjeras.

Con pocos pero acertados rasgos caracterizó en 1746 á este príncipe de la Iglesia Federico II, el conoedor mas sa-gaz de los hombres de su época: «En él se reunian las cualidades de una persona amable con las del estadista; tenia una comprension fácil, una memoria feliz, el precioso don de agradar junto con el arte de contentar á todo el mundo sin dar nada; su trato cortés era natural, su estilo de cartas obsequioso, sin contar que escribía mejor que ningun autor de su nacion, dotada ya naturalmente de tan fino talento. Cuando jóven, no se había mostrado su corazon inaccesible á la pasion que suele ser el flaco de los grandes hombres desde la antigüedad. En el gobierno y en sus negocios le gustaba el órden, y en los gastos la economía. En las negociaciones mostró hasta cierto punto aquella mezcla de temor y astucia propia de los clérigos; simulador flexible, taimado y ladino, era aficionado á las intrigas, á las evasivas y trabajos de zapa de la diplomacia. Exteriormente humilde, devorábale la ambicion; sus proyectos eran osados, pero en su ejecucion era tímido, y aunque sediento de poder, tenia gran repugnancia á valerse de los medios que á él conducen. Si aparentó inocencia infantil y amor á la paz, lo hizo en la persuasion de poder gobernar el mundo desde su gabinete, y porque le gustaba mas el papel de árbitro en cuestiones internacionales que el de vencedor de reyes como sacerdote que era, clase que entiende mejor el manejo de la pluma que el de la espada, y porque por su disposicion natural era mas grande en las negociaciones que en la guerra. Persiguió á los jansenistas para dar pruebas de sumiso á Roma; concedió beneficios eclesiásticos á hombres de moralidad, y en una enfermedad que pareció mortal no quiso recibir los sacramentos de la Iglesia. A consecuencia de su buena administracion, se llegaron á amortizar casi todas las deudas enormes que había dejado Luis XIV, se puso término á los desórdenes de la regencia y se olvidó la catástrofe que había causado en el reino el sistema de Law.»

En realidad no puede negarse á la administracion interior del cardenal la gloria de que supo hacer lo que ningun gobierno anterior había sabido: aumentar los ingresos y disminuir los gastos del tesoro. Se estableció un equilibrio regular; cesó el azote de la falsificacion de la ley de la moneda y al momento se manifestó en la economía nacional, sobre todo en las ciudades y puertos, un aumento notabilísimo de prosperidad, como sucede siempre en esa Francia maravillosa cuando su gobierno no se empeña adrede en arruinarla. La administracion del cardenal no se manchó con vicios, ni cometió crímenes manifiestos como Luis XIV y la regencia. Sabía vivir y dejar vivir, pero á esto se redujo todo. En su sistema de política interior no se observa el menor rasgo que denote un conocimiento práctico de los males fundamentales del país, y de consiguiente tampoco podía meditar reformas, ni se ve en ninguna disposicion la sombra de un talento, de una voluntad enérgica ni de un plan fundamental y bien preparado, propios de un verdadero hombre de Estado. Baste decir que este ministro llamaba á los arrendadores generales de impuestos *las cuarenta columnas del Estado*, para que se descubra todo el secreto de su modo de gobernar el país. Por tanto, semejante gobierno fué un periodo de gloria

para los *cuarenta vampiros* de la nacion, tanto que pudieron ceder al gobierno generosamente parte de su botin por via de participacion en los beneficios, que como iban progresivamente en aumento, parecian á primera vista fruto de una política hacendista muy sábia. Para el pueblo, condenado á pagar los impuestos, no hubo alivio, ni reforma ninguna en el modo abusivo de repartir y recaudarlos, ni justicia ni consideracion para los cientos de miles de pequeños acreedores del Estado que siempre habían sido y continuaron siendo las victimas de todos los sistemas y experimentos de la hacienda real. La primera disposicion encaminada á hacer economías fué ya una bancarota nacional parcial perjudicialísima para los rentistas pequeños. Consistió en que para ahorrar 27 millones de intereses atrasados de la deuda, el gobierno apeló al medio sencillísimo de borrarlos del presupuesto, con otros 13 millones de los intereses anuales corrientes, anulando con toda tranquilidad una grandísima cantidad de rentas vitalicias pequeñas y mínimas. Esta medida arrancó á 150,000 rentistas pobres un inmenso grito de dolor que obligó al cardenal á detenerse y exceptuar de la disposicion las rentas de los individuos mas pobres.

El clero fué afortunado, porque en 8 de octubre de 1726 se le aseguró para todos los siglos la exencion absoluta de todo impuesto; y tan grande fué su alegría, que resolvió en una asamblea extraordinaria mostrar su gratitud al gobierno con «un regalo voluntario» de 5 millones. Mayor fué todavia la fortuna de los arrendadores generales que desde 1723 habían vuelto á cuidarse de la administracion económica de la parte *indefensa* de la nacion. En agosto de 1723 pagaron al gobierno por la renovacion de su contrata 80 millones en lugar de 55 que hasta entonces habían pagado, pero en cambio el cardenal les perdonó los atrasos que habían quedado á deber los administradores del monopolio de Law, con lo cual ganó aquella sociedad por de pronto 60 millones, y luego 96 como beneficio limpio en los seis años que duró la nueva contrata. Si, pues, una asociacion particular hacia semejantes negocios con el saqueo de la nacion, no fué obtener un gran resultado hacer que los ingresos del tesoro subieran en el periodo desde 1727 hasta 1733 desde 180 millones á 200, al parecer en vista del aumento de la prosperidad nacional (1).

Este crecimiento del comercio y de la actividad en Francia estaba estrechamente relacionado con la política pacífica del cardenal, unido íntimamente con Roberto Walpole por medio del hermano de este, Horacio, embajador inglés en Paris para trabajar en favor de la paz general. En no interrumpida correspondencia se habían puesto ambos ministros de acuerdo, á manera de una conspiracion, para castigar y reducir á la impotencia á los que quisiesen destruir la tranquilidad en Europa, y para emplear su talento en arreglar amistosamente todas las contiendas y pependencias, y en apartar toda clase de nubes del horizonte político. En el curso de esta obra ya vimos cómo supo destruir el cardenal la peligrosa alianza de Viena, y apartar á la España del Austria con ocasion del proyectado casamiento entre las dos dinastías, en cuyo negocio fué Inglaterra la que sacó la mejor parte en el arreglo de 1729. El cardenal debió forzosamente de considerar la amistad de la Inglaterra como la conquista mas preciosa, ó no debió de tener la idea mas elemental de la mision de su país como potencia marítima, porque dejó porirse de un modo incalificable la escuadra francesa, mientras cabalmente se robustecian las colonias francesas á ojos vistas y se desarrollaba de un modo sorprendente la marina mercante de su nacion sin ningun auxilio del gobierno.

(1) Véase H. MARTIN, *Histoire de France*, tomo XV.

Estos seis años de política de paz, sostenida con tanto desprendimiento por la Francia, produjeron en todos los países vecinos un efecto que no podría haberse alcanzado mas completo aunque hubiese sido preparado con la arteria mas taimada como una estrategema política. Es decir, que tan prolongada política de paz adormeció completamente á los demás gobiernos, que antes estaban habituados á observar y vigilar la Francia noche y dia. A la sazón parecia un cuento la malignidad de este país; el amor del cardenal á la paz y á la justicia se habían hecho proverbiales, y la creencia de que en vida de él nada había que temer de tan formidable potencia, tomó una extension que sería increíble si no nos lo probasen documentos y sucesos, y no la viésemos confirmada expresamente por el príncipe heredero de Prusia en su primer folleto de 1738. Esta creencia tan engañadora en la neutralidad inquebrantable de la Francia fué la desgracia del emperador Cárlos VI, cuando la muerte del rey de Polonia Augusto II ocurrida en 1.º de febrero de 1733 creó una situacion en la cual quedó el destino del Austria completamente á merced del cardenal Fleury.

Rusia, Prusia y Austria, en la prevision del suceso del 1.º de febrero, habían hecho un convenio poco antes, es decir, en 13 de diciembre de 1732, conocido en la historia por el de Loewenwolde, convenio que el conde de este nombre, caballero mayor del emperador de Rusia, y el conde de Seckendorf, embajador de Austria, firmaron en Berlin con los ministros del rey de Prusia. En este convenio se obligaron las tres potencias á procurar que á la muerte de Augusto II le sucediera en el trono de Polonia el infante Manuel de Portugal y por consiguiente á excluir de la corona polaca al anterior rey Estanislao Leszcinski, apadrinado por la Francia, y tambien al príncipe heredero de Sajonia que queria suceder á su padre en Polonia como en su Estado hereditario. Cada una de las tres cortes prometió enviar 36,000 ducados á Polonia para comprar votos, y además formar en su respectiva frontera un cuerpo de ejército para entrar en aquel país si fuera necesario y proteger allí la *libertad de la eleccion* contra alguna opresion extranjera. En un artículo especial se prometió la Curlandia, provincia báltica dependiente de la corona de Polonia, á un príncipe prusiano. Todavía los tres gobiernos contratantes no habían ratificado este convenio, cuando falleció el rey Augusto; pero á pesar de esto Rusia y Austria cumplieron sus condiciones cada una remitió sus 36,000 ducados á Varsovia y formó un ejército respetable de observacion, aquella en la frontera de Livonia y ésta en la de Silesia. El rey de Prusia declinó hacer lo mismo por su parte, mientras no se ratificara formalmente el convenio, sobre todo respecto de aquel artículo que prometía la Curlandia.

En 17 de marzo declaró el rey Luis XV á los embajadores de las potencias extranjeras representadas en su corte, que protegería la libertad de la eleccion en Polonia con todas sus fuerzas, y que consideraría toda empresa contra aquella libertad como un ataque á la paz europea. La primera consecuencia de esta declaracion fué que el parlamento polaco excluyó de la eleccion á todos los pretendientes extranjeros, de modo que en la primavera de aquel año era ya cosa cierta que sería elegido el polaco Estanislao Leszcinski, protegido por la Francia. La segunda consecuencia fué que todo país que no deseara una guerra con Francia haría bien en no mezclarse en las cosas de Polonia mientras no le obligaran á ello circunstancias especiales y apremiantes.

Quedó pues trazada claramente la política de la corte de Viena.

Lo que en Polonia se llamaba entonces rey era una caricatura de lo que en otras partes se entendía por este nom-

bre. Demasiado honor hacia la Europa á semejante sombra ó imagen ridícula de rey en un país donde reinaba una anarquía feudal enteramente salvaje y permanente desde tiempos antiguos, si se cuidaba de saber quién se ceñiría semejante corona. El tal rey solo tenia cierto interés para los electores ó nobles polacos porque era para ellos una garantía de la conservacion de su libertad, es decir, de su derecho de no obedecer á nadie, de maltratar á sus siervos de la gleba y á los protestantes, de inutilizar todos los parlamentos con su *liberum veto* y por lo demás entretenerse en asaltar y robar á los viajantes. Cada noble desde los «señores» de las familias Potocki, Radzivil, Sapieha, Lubomirski, Czartoryski, etc., que contaban sus rentas por millones, hasta el haraposo hidalgo de la Slajta, que se presentaba en el parlamento descalzo y vendía su voto por un par de botas y un trago de aguardiente, tenia derecho de voto y veto, y vendía el primero á cualquiera que fuese bastante necio para comprarlo, y en ocasiones lo vendía tantas veces como compradores se presentaban (1). A los ojos de esta horda de electores hambrientos no tenia la institucion monárquica otra falta mas que la de no haber elecciones de rey cada año. Al magnífico parlamento de 1696 y 1697, en que hubo 9 pretendientes á la corona que todos distribuyeron abundantes propinas, había seguido un largo período de ayunos. A la sazón muerto el rey Augusto, se presentaron tres pretendientes que con dinero suyo ó prestado se ocuparon en adquirir los votos de los nobles polacos, pero cualquiera que fuese el que ganara no adquiría poder ninguno, ni para ser útil como aliado ni para ser peligroso como enemigo si no tenia otro poder fuera de Polonia como soberano de algun Estado ó como apadrinado de alguna potencia respetable. Solo en este concepto no era indiferente la persona que se prestaría á dejarse escarnecer por los libérrimos nobles polacos, y de ahí que ni la Rusia ni el Austria ni la Prusia quisieran consentir que la Francia tuviera en aquel país un instrumento y representante suyo en la persona de Leszcinski; ni tampoco les convenia ver allí otra vez á un príncipe elector de Sajonia. Mejor les convenia el infante portugués, que completamente extranjero en aquella parte de Europa, habría hecho un rey de Polonia mas inofensivo, si hubiesen logrado colocar á don Manuel en el trono vacante. Mas esto no fué posible por la amenaza del gabinete francés; de modo que en el mismo mes de marzo renunciaron los ministros prusianos que trabajaban en Varsovia al citado plan, y escribieron sobre esto á su soberano que mejor habría sido no presentar este candidato á los polacos, ó bien dotarle en seguida de los fondos necesarios «para borrar ellos las prevenciones que allí había contra él» (2). Eliminado pues el portugués, quedaron dos candidatos, de los cuales habrían preferido las tres potencias naturalmente al elector de Sajonia que con la corona de Polonia no habría adquirido mas poder que su padre; mas la declaracion precisa de la Francia prescribía al emperador el papel de espectador atento pero pasivo. Por desgracia suya no quiso entenderlo así.

Para arrojar del país á Estanislao Leszcinski, una vez elegido legítimo rey de Polonia, bastaban y sobraban las fuerzas de la Rusia, con ó sin la cooperacion de las tropas sajonas, sin que la Francia pudiese impedirlo; y expulsado Leszcinski, era cosa segura la eleccion de Federico Augusto de Sajonia con

(1) Es verdad que en la época de que se trata los electores polacos vendían sus votos, ni mas ni menos que otros electores, y que esto era una inmoralidad; pero ¿no era mayor la de comprarlos y la de tener un ejército para castigar á los que no los quisieran vender?

(N. del T.)

(2) Véase la *Biografía del feld mariscal conde de Seckendorf*, 1794, tomo 4.º Obra escrita en alemán.

el apoyo de las bayonetas rusas y sajonas, sin que para nada se necesitara del auxilio del Austria. Esta potencia, por el contrario, hubiera debido hacer todo lo posible por un lado para no irritar al rey de Prusia con su intervencion supérflua en favor del elector de Sajonia, y por otro para no dar á la Francia un pretexto cómodo de tomar resoluciones hostiles contra el imperio alemán y las posesiones austriacas en Italia, en union con la España y la Cerdeña siempre disponibles para este objeto.

Pero cabalmente esta fué la falta que cometió el emperador en su ignorancia, cuando á instancias del enviado inglés Robinson y del embajador hanoveriano Dieden, segun refiere Bartenstein, se dejó inducir á hacer en julio de 1733 un convenio con el príncipe elector de Sajonia que le acarrió una guerra grande y desgraciadísima, sin mas beneficio que la renovacion de las garantías en favor de su pragmática sancion, tan inútiles é ineficaces como todas las otras. Mas ¿cómo no hacerlo, cuando su embajador en París, el conde de Sinzendorf, conocia tan á fondo al cardenal Fleury? Este diplomático escribía al emperador carta tras carta diciendo que nada habia que temer de aquel pastor de almas; y que convenia no dejarse intimidar por frases sonoras. Aquel conde debía saber lo que se decía.

El mismo lenguaje tranquilizador usó el embajador español en Viena que decía, que no habia que pensar que España enviara tropas á Italia.

La verdad es que costó mucho al cardenal Fleury la resolucion de mezclarse en el embrollo polaco, y esto por motivos muy honrosos mirados bajo el punto de vista francés. A los que le aconsejaban este paso contestó: «¿Hemos de arruinar á Luis XV para encumbrar á su suegro Estanislao? ¿Debemos enviar nuestro dinero á Polonia para no volverlo á ver más, y repartirlo entre electores, que toman dinero de todos para entregarse finalmente al último que les unta las manos?» Fleury, mucho mas previsora que sus compatriotas que aun hoy le reconviene por su vacilacion, vió claramente que la Francia era impotente para sostener en Polonia un rey contra la voluntad de la Rusia; y cuando al fin y al cabo cedió á las instancias del ministro Chauvelin y del mariscal Villars, hizo lo que pudo para limitar la accion de la Francia á lo mas preciso. Hízose, pues, la eleccion de Estanislao en 12 de setiembre de aquel año, con el sacrificio de un par de millones en dinero francés para la compra de votos; pero los 60,000 nobles que habian hecho la eleccion no tardaron en dispersarse en todas direcciones ante los cosacos y calmuco del ejército ruso, que compuesto de 50,000 hombres marchó sobre Varsovia; donde bajo su proteccion se reunieron 3,000 electores polacos en 5 de octubre en un bosque próximo á aquella capital, y proclamaron rey á Augusto III de Sajonia. El rey Estanislao apenas tuvo tiempo, despues de su eleccion, para huir á Danzig, en cuya ciudad, polaca entonces, le cercó el general ruso Muennich con 30,000 hombres en enero de 1734. El único auxilio que le prestó allí la Francia consistió en el envío de una escuadra con 1,500 hombres de desembarco al Báltico que echó las tropas en tierra en la embocadura del Vístula en 10 de mayo, pero que en 14 del mismo mes regresó á Copenhague porque conoció la imposibilidad de luchar contra las fuerzas rusas, tan superiores en número. El embajador francés en Copenhague, conde de Plelo, breton fogoso, amigo del marqués D'Argenson y miembro del *club del Entresuelo*, hizo que la escuadra volviese otra vez á Danzig, embarcándose él tambien. Llegado que hubo con la expedicion á la embocadura del Vístula, emprendió con los tres batallones franceses, mandados por La Peyrouse-Lamotte, un ataque temerario á las trincheras rusas, luchando y muriendo como un héroe. La tropa se

sostuvo todavia algun tiempo en su campamento, hasta que La Peyrouse tuvo que capitular obteniendo retirada libre con armas y bagajes. El rey Estanislao pudo escapar disfrazado de artesano á Koernigsberg y quedó otra vez concluido su reinado.

Bajo ambos conceptos, político y militar, habria sido una gravísima falta la intervencion de la Francia desde el primer paso hasta el último, y habria tenido toda la culpa del vergonzoso descalabro, si la Polonia hubiese sido el único punto donde se jugaba la partida, porque en este caso ó no debería haber hecho nada, ó debería haber obrado con recursos muy diferentes; pero el epilogo se representó en otra parte, donde la Francia, en los dos conceptos arriba indicados, no solo pudo indemnizarse de sus gastos, sino salir con ganancia.

Esta segunda parte de la contienda no fué efecto de cálculo; el mismo emperador Carlos VI la provocó sin reflexionar.

Desde el mes de julio de 1733 era el emperador el aliado del contrincante del rey Estanislao, y en 5 de octubre, habiendo concluido éste su papel fugaz, habia sido proclamado Augusto de Sajonia rey de Polonia, sin necesidad de que un solo soldado austriaco pasara la frontera de Siberia. Pocos días despues, es decir, desde el 10 al 27 de octubre, recibió el emperador con este motivo sucesivamente tres declaraciones de guerra, á saber; de Francia, de España y de Cerdeña. La redaccion de estos documentos demostraba que los tres gobiernos habian buscado un pretexto á cualquier precio, y sino se les hubiese presentado este, habrian encontrado otro; pues que pasaba ya de ridículo el motivo que alegaban, á saber; «que solo empuñaban las armas para vengar la afrenta del rey Estanislao, y castigar al opresor de la libertad de Polonia.»

Antes de concluir el mes de octubre un ejército francés mandado por el mariscal Berwick habia inundado toda la Lorena, ocupado á Nancy y obligado á la plaza de Kehl á rendirse, mientras otro ejército mandado por el mariscal Villars, que entonces contaba 82 años de edad, pasaba los Alpes para unirse con los piemonteses y conquistar el Milanesado; y una escuadra española de 20 navios desembarcaba 16,000 hombres en la costa genovesa donde se les reunieron 6,000 hombres á caballo para marchar sobre Toscana.

Así parecia reservada al joven rey de Cerdeña, Carlos Manuel III, á cuyo favor habia abdicado su padre Víctor Amadeo II en 1736, la mision de comerse la mejor alcachofa, como llamaba este último al Milanesado, no hoja á hoja, como era su intencion, sino de una sola vez. A fines del mismo octubre pasó Carlos Manuel el Sesia y el Agogna; se le rindieron las ciudades de Vigevano, Tortosa y Novara y Pavia le envió las llaves. En seguida pasó el Tesino y se le rindió Milan. Entonces empezó la campaña de sitios con tanto éxito, que á principios del año 1734 estaban en su poder todas las ciudades de la Lombardia, excepto la fortísima plaza de Mantua; pero con lo demás bastaba para que el rey pudiera ya añadir á sus títulos el de «duque de Milan.»

Menos trabajo costó todavia al infante Carlos de España el conquistar el reino de Nápoles, pues que allí apenas hicieron resistencia las tropas imperiales, mientras por otro lado la poblacion se apresuraba á facilitar la conquista al invasor. En 3 de abril de 1734 el virey austriaco abandonó la ciudad de Nápoles, y en 15 de mayo siguiente hizo el infante Carlos su entrada solemne en aquella capital, donde diez días despues se hizo proclamar rey de las Dos Sicilias. Despues de haber derrotado su general duque de Montemar al ejército austriaco fugitivo cerca de Bitonto, y de haber capitulado las guarniciones de Pescara, Gaeta y Capua, fué reconocido el nuevo rey en toda la parte continental de su reino.

En la isla de Sicilia encontró Montemar tambien en la poblacion un auxiliar muy activo, y en el verano de 1735 no quedó ya allí un solo soldado austriaco.

El Austria se encontró en grandísimo aprieto; su única esperanza, el príncipe Eugenio, era viejo y aunque todavia alma enérgica, era corporalmente solo una sombra de lo que habia sido en su juventud. Este héroe anciano envió en noviembre y diciembre de 1733 mensajes urgentes á las cortes de Londres y del Haya para recordarles los deberes á que las obligaban los tratados. «Si una conspiracion tan infame, escribió al gobierno holandés, como la concertada entre Francia, España y Cerdeña no constituye un *casus federis*, es inútil hablar ya de fe y de lealtad, ni tiene sentido comun el celebrar tratados ni alianzas.» Recordó al gobierno de Londres que el emperador se habia interesado en la eleccion del elector de Sajonia á instigacion de la misma Inglaterra, que solo en consideracion á ella habia admitido á la España en Italia, y renunciado á la compañía de las Indias Orientales en Ostende y á sus ventajas. «Despues de tantos sacrificios, decía, sería imposible que le abandonasen los aliados con cuyo auxilio firmemente habia contado.»

A todas estas consideraciones y súplicas se mostraron sordas las potencias marítimas; la Holanda firmó con Francia un tratado de neutralidad, é Inglaterra declaró que por sí sola no podia hacer nada ya que nada hacia la Holanda; bien que en otras circunstancias no era este último país mas que un falucho que iba á remolque de la soberbia nave llamada Gran Bretaña. Esta vez, para no ayudar al Austria, el poderoso imperio insular encontró muy conforme á su decoro ocultarse detrás de la inaccion de la pequeña república de tenderos.

De la Prusia no tenia derecho la corte de Viena á pedir sacrificio alguno extraordinario, porque el emperador no habia cumplido con ninguna de las obligaciones estipuladas en dos tratados en cambio del reconocimiento de su pragmática sancion; ni habia ratificado el de Loewenwolde que habia sido abandonado sin consultar siquiera á la Prusia. Consecuente con sus sentimientos de lealtad al imperio alemán, el rey de Prusia envió su completo contingente obligatorio de 10,000 hombres al Rhin cuando el mismo imperio como tal declaró la guerra á Francia por la toma de Kehl; y si el ejército confederado compuesto de 70,000 hombres miró inactivo, bajo el mando del príncipe Eugenio, cómo en 18 de julio de 1734 se apoderaban los franceses de la plaza de Philippsburg, despues de un riguroso sitio, no fué por culpa del rey de Prusia.

En ambos lados de los Alpes estaba el ejército austriaco en un estado de descuido verdaderamente espantoso. A orillas del Rhin no hacia nada su general mas célebre, y en Italia fueron vencidas sus mejores tropas en 29 de junio cerca de Parma, y completamente derrotadas por un golpe de mano feliz del enemigo cerca de Guastalla en 19 de setiembre. La situacion del Austria al concluir la campaña de 1734 era, en opinion del mismo príncipe Eugenio, desesperada; por manera que hubo de exponerla repetidas veces al emperador diciéndole que en vista de no poder contar ya con el auxilio pecuniario de Inglaterra y Holanda, ni con recursos propios, completamente exhaustos, y atendida la actitud hostil de Baviera, y la informalidad de los confederados alemanes, era preferible á la guerra una paz cualquiera con cualquier sacrificio territorial, salvo, si era posible, una parte de las posesiones en Italia para «conservar enteros y libres de toda disputa los territorios hereditarios á su ilustre heredera, si el Todopoderoso tuviera dispuesto no conceder á V. M. un sucesor varon.» No se hizo sin embargo la paz sino al año siguiente, despues que el príncipe Eu-

genio habia vuelto á sus operaciones en la cuenca del Rhin, donde se le juntó en su campamento cerca de Heidelberg un cuerpo auxiliar de tropas rusas, con lo cual alcanzó á lo menos la separacion completa del elector de Baviera de la Francia. Fué el cardenal Fleury quien, despues de haberse negado las potencias marítimas á interponer su mediacion, arregló la paz tratando directamente con la corte de Viena. En 3 de octubre del año 1735 quedaron firmados en Viena los preliminares por el conde de Sinzendorf á nombre del Austria y La Beaume por la Francia, contando las dos potencias con la conformidad de España y del rey de Cerdeña, como efectivamente la obtuvieron, bien que con alguna resistencia, de parte de estas dos potencias. El emperador renunció á la posesion de Nápoles y de Sicilia, reconociendo á Don Carlos por rey de las dos Sicilias, y recibiendo en cambio Parma y Piacenza. Tambien le fué devuelta la Lombardia, menos los distritos de Novara y de Vigevano que hubo de ceder al rey de Cerdeña. Estanislao Lesczinski conservó el titulo y honores de rey recibiendo los ducados de Bar y de Lorena que á su muerte habian de reunirse á la Francia. Para indemnizar al duque verdadero de Lorena se le prometió el gran ducado de Toscana á la muerte del gran duque. En cambio la Francia reconoció y prometió defender la ley de sucesion austriaca, en la forma siguiente en el artículo 10.º del tratado de paz definitivo ratificado en 18 de noviembre de 1738: «S. M. cristianísima defenderá la citada ley de sucesion con todas sus fuerzas siempre que fuere menester y contra quien fuere; igualmente promete defender y sostener perpetuamente en su plena posesion á la persona que segun la citada ley heredara los reinos, provincias y Estados que S. M. imperial actualmente posee.» Esta promesa no podia ser mas clara ni mas precisa y libre de toda condicion y reserva; de modo que la persona que creia todavia en la fuerza de esta clase de documentos podia estar muy tranquila respecto de la Francia.

Pocos meses despues de haberse firmado los preliminares de esta paz murió el príncipe Eugenio en 21 de abril de 1736 á la edad de 73 años. Tiempo hacia que el famoso vencedor de los turcos y franceses ya no adquiria nuevos lauros en los campos de batalla, pero su experiencia de mundo, su vista penetrante y su completo desinterés hacian de él un eminente piloto para la nave del emperador, y como tal ahorró á este muchísimas desgracias. Muerto él, dividieron entre sí su influencia una caterva de oficinistas, cortesanos é intrigantes que precipitaron á la infortunada monarquía en un torbellino de aventuras donde consumió sus últimas fuerzas.

VII.—LA DECADENCIA DE WALPOLE

Roberto Walpole fué el primer ministro inglés que declaró francamente: «Somos una nacion mercantil, y la extension de nuestro comercio es nuestra única política nacional.» A pesar de este su principio y norte, no logró vivir siempre en buena inteligencia con las clases mercantiles de su nacion, porque estas cabalmente le obligaron á renunciar á la única reforma importante que en su larga carrera de ministro habia emprendido, y á declarar despues una guerra que pugnaba con su rectitud y con sus conocimientos superiores; prueba de lo débil que era interiormente su gobierno, tan fuerte en apariencia, y de la falta de carácter de su jefe, tan acostumbrado á disponer y mandar. El horizonte que Walpole habia abierto á la ambicion y al espíritu de empresa de sus compatriotas no tenia mas límites que los del mismo globo terrestre, pero el genio mercantil que habia producido la prosperidad y grandioso aumento del comercio, era egoísta.